

asamblea para explicarla lo que habia pasado en el corregimiento, y decia: «No ha sido una cons-
 «piracion sino una simple deliberacion acerca del
 «modo con que se habian de hacer las listas de
 «los sospechosos. Verdad es que algunos *malas ca-*
 «*bezas* interrumpieron la [deliberacion con ciertas
 «proposiciones descabelladas, pero él habia lla-
 «mado al orden á los que se separaban de él y
 «aquellos arrebatos de la imaginacion no habian
 «tenido consecuencia.» Hizose poco caso de la
 carta de Pache, y se prestó atencion á la comision
 de los doce que se presentó para proponer un de-
 creto de seguridad general. Por él se ponía la re-
 presentacion nacional y los depósitos del tesoro
 público bajo [la salvaguardia de los buenos ciu-
 dadanos, los cuales debian acudir todos apenas
 oyesen los toques de llamada al sitio de reunion
 de la compañía del cuartel y marchar á la prime-
 ra señal que se le diese. Ninguno podia faltar á la
 cita, y entretanto que se nombraba un comandan-
 te general en lugar de Santerre, que estaba en el
 Vendée, debia ejercer el mando superior el gefe
 mas antiguo de cada legion. Las asambleas ó jun-
 tas de seccion debian estar cerradas á las 10 de la
 noche, y los presidentes quedaban responsables
 de la ejecucion de este articulo. Adoptóse el decreto
 en su totalidad, á pesar de algunas discusiones,
 y sobre todo á pesar de Danton, que dijo que eso

de poner á la asamblea y los establecimientos pú-
 blicos bajo la salvaguardia de los ciudadanos de
 Paris era lo mismo *que decretar el miedo.*

Inmediatamente despues de haber propuesto
 aquel decreto, hizo la comision de los doce que
 se arrestase á los llamados Marino^s y Michel^a,
 comisarios y tesoreros de policia, acusados de ha-
 ber hecho en el corregimiento las proposiciones
 que metieron tanto ruido. Mandóse tambien ar-
 restar á Hebert, que era procurador síndico del
 ayuntamiento, y escribia bajo el nombre de *Pa-*
dre Duchésne un papel todavia mas inmundo que
 el de Marat, y por su lenguaje bajo y hedion-
 do estaba al alcance de la canalla. En aquel pa-
 pel estampaba Hebert abiertamente todo lo que
 verbalmente habian propuesto en la junta Ma-
 rino y Michel, y por tanto creyó la comision
 deber perseguir á un mismo tiempo á los que
 predicaban y á los que querian ejecutar la nue-
 va insurreccion. No bien se hubo lanzado el
 mandamiento de prision contra Hebert, quan-
 do echó á correr al ayuntamiento para anunciar
 lo que pasaba y mostrar al consejo general el de-
 creto espedido contra él. Se me aparta, decia, de
 mis funciones, pero es preciso obedecer. Verdad
 es que el ayuntamiento no deberia olvidar aquel
 juramento que hizo en otro tiempo de mirarse
 como ofendido en la persona de cualquiera de sus

miembros, y aunque él no lo recordaba por interés propio, pues estaba pronto á entregar su cabeza en un cadalso, consideraba que los demas ciudadanos quedaban espuestos á igual ultrage. Recibieronle con estrepitosos aplausos, y le dió un abrazo Chaumette como procurador y el presidente un beso en nombre de todo el consejo. Se declaró la sesion en permanencia hasta que se tuviesen noticias de Hebert y los miembros del consejo fueron escitados á llevar consuelos y socorros á las mugeres é hijos de los que estaban ó fuesen en adelante arrestados.

De hora en hora se estaban enviando recados á la comision de los doce para preguntar por el magistrado, á quien se decia que habian arrancado de sus funciones, y á las dos y media de la noche se supo que le estaban haciendo un interrogatorio y que tambien habia sido arrestado Varlét. A las cuatro se anunció que se habia trasladado á Hebert á la Abadía en estado de arresto, y á las cinco se fue á verle Chaumette, pero no le dejaron entrar. Por la mañana escribió el consejo una peticion á la convencion, é hizo que la llevarán unos soldados de á caballo á las secciones para recibir su adhesion. Mas en casi todas ellas se estaban disputando y batiéndose sobre cambiar á cada instante las oficinas y los presidentes, arrestar ó impedir que se arrestase á nadie, adherir ú oponerse

al sistema del ayuntamiento y firmar ó desechar la peticion que se proponia. Ultimamente, despues de aprobada por un gran número de secciones se presentó el dia 25 á la convencion, quejándose la diputacion del ayuntamiento de las calumnias esparcidas contra los magistrados del pueblo, y pidiendo que se entregára al acusador público la peticion de la seccion de Fraternidad para que fuesen castigados los culpables, si los habia, ó sino, que lo fuesen los calumniadores. Ultimamente pedia justicia contra la comision de los doce por haber cometido un atentado contra la persona de un magistrado del pueblo arrebatándole de sus funciones y encerrándole en la Abadía. Presidia Isnard en aquel momento, y le tocaba responder á la diputacion y la dijo con tono grave y severo: « Magistrados del pueblo, es muy urgente que oigais verdades importantes. La Francia ha confiado sus representantes á la ciudad de Paris y quiere que estén en ella con seguridad. Si la representacion nacional fuese violada por una de esas conspiraciones de que estamos amenazados desde el 10 de marzo, y de que los magistrados han sido los últimos á prevenirnos, yo daclaro en nombre de la república que Paris sufrirá la venganza de la Francia y será borrada de la lista de las ciudades.» Esta solemne y magnifica respuesta produjo una profunda impresion en la asamblea, pi-

diendo una multitud de voces que se imprimiese. Danton por el contrario opinó que solo serviria para aumentar la division que principiaba á manifestarse entre Paris y los departamentos, y era necesario evitar todo cuanto pudiese contribuir á esta desgracia. La convencion creyendo que era bastante con la energia de la respuesta y la de la comision de los doce, pasó á la orden del dia sin mandar la impresion propuesta.

Despidióse pues á los diputados del ayuntamiento sin haber obtenido nada, y todo lo restante del 25 y el dia entero 26 se pasaron en escenas tumultuosas de las secciones. En todas partes se disputaba y las dos opiniones tenian alternativamente la superioridad, segun la hora del dia y segun el número variable de los individuos de cada partido. El ayuntamiento continuaba enviando diputados para inquirir el estado de Hebert, y unas veces le encontraban reposando, y otras suplicaba al ayuntamiento que no se inquietase por él. Se quejaban mucho de que estuviese sobre un miserable jergon, y unas secciones le tomaban bajo su proteccion, otras se preparaban á pedir de nuevo su libertad y con mas energia que lo habia hecho el ayuntamiento; últimamente algunas mugeres corriendo los barrios con una bandera, querian llevar al pueblo á la Abadia para libertar á su magistrado querido.

El 27 llegó á su colmo el tumulto y se fueron de una seccion á otra para decidir la ventaja batiéndose á silletazos: últimamente á la tardecilla ya habian acudido 28 secciones á emitir el voto de la libertad de Hebert y redactar una peticion imperativa á la convencion. Viendo la comision de los doce el desorden que se preparaba le habia intimado al comandante de servicio que requiriese la fuerza armada de las tres secciones de Buttedes Moulius, Lepelletier y el Mallo que eran las mas decididas por el lado derecho y estaban prontas á batirse por él. Todas tres se apresuraron á venir y se colocaron á cosa de las 10 de la noche del 27 de mayo en el patio del palacio nacional por el lado del Carrousel con sus armas y cañones con mecha encendida, de suerte que componian una fuerza imponente y capaz de proteger á la representacion nacional. Pero la multitud que se agolpaba á sus filas y á las diferentes puertas del palacio, el tumulto que reinaba y la dificultad que habia para penetrar en la sala daban á aquella escena las apariencias de un sitio. Algunos diputados que habian tenido mil trabajos para entrar y aun habian sufrido muchos insultos en medio de aquel populacho, aumentaron la turbacion de la asamblea diciendo que estaba sitiada. No habia ciertamente nada de eso porque aunque las puertas estuviesen obstruidas no estaban interceptadas; pero bastaban

las apariencias para turbar unas imaginaciones irritadas y reinaba gran desorden en la asamblea, presidida por Isnard. Presentóse la seccion de la Cité y pidió la libertad de su presidente Dobsen⁵, arrestado por orden de la comision de los doce por haber reusado manifestar el libro de registros de su seccion. Pidió ademas la libertad de los demas presos, la supresion de dicha comision de los doce y que se pusiese en estado de acusacion á los miembros que la componian. «La convencion,» respondió Isnard, os perdona en favor de vuestra juventud, y no permitirá que influya en ella ninguna porcion del pueblo.» Aprobó la convencion esta respuesta, á pesar de que quiso Robespierre que se desaprobase, pero el lado derecho lo tomó con mucho empeño y se armó una disputa de las mas acaloradas, de suerte que entre el bullicio de fuera y de dentro habia un tumulto espantoso. Entónces llegaron á la barra el corregidor y el ministro del interior, creyendo como se decia por Paris, que estaba sitiada la convencion. Al ver al ministro del interior se levantó un grito general pidiéndole cuenta del estado de Paris y de las inmediaciones de la sala, y no dejaba de ser apurada la situacion de Garat, porque necesitaba decidirse por uno de los dos partidos, lo cual no convenia de ningun modo á la flexibilidad de su carácter ni á su escepticismo político. Mas

como este no provenia mas que de una verdadera imparcialidad de ánimo, hubiera sido una fortuna en aquel momento que hubiesen podido escucharle y comprenderle. Tomó la palabra y se puso á escudriñar las causas de las turbulencias, siendo la primera en su dictámen, la voz que se habia esparcido de un conciliábulo celebrado en el corregimiento para intrigar contra la representacion nacional. Entónces repitió Garat, por lo que le habia dicho Pache, que aquel conciliábulo no era una reunion de conspiradores, sino una junta legal que tenia un objeto conocido; que si en ausencia del corregidor algunos hombres fogosos habian hecho proposiciones culpables, estas fueron rechazadas con indignacion cuando el corregidor estaba presente y no habia tenido resultado, ni mucho menos podia verse en ellas una verdadera conspiracion; que por consecuencia la institucion de la comision de los doce para perseguir aquella soñada conspiracion y los arrestos decretados por ella habian venido á ser causa del actual tumulto; que él no conocia á Hebert, pero que nadie le habia dicho nada contra él; que solo sabia ser autor de unos escritos despreciables sin duda, pero no peligrosos; que la constituyente y la legislativa siempre habian despreciado los papeles inmundos que se esparcian contra ellas, y por eso se habia estrañado el rigor desusado

ejercido contra Hebert, y aun tal vez intempestivo, y que la comision de los doce, aunque compuesta de hombres de bien y escelentes patriotas estaba muy prevenida y animada del deseo de ostentar una gran energia. — Estas palabras fueron muy aplaudidas por el lado izquierdo y la Montaña. — Viniendo despues Garat á la situacion presente, aseguró que la convencion no corria ningun peligro, y que los ciudadanos que la rodeaban la tenian el mayor respeto. — Al oír esto dijo un diputado que á él le habian insultado. — « Asi será, replicó Garat, y yo no debo responder de lo que pueda suceder á un individuo en medio de una multitud donde hay hombres de toda especie, pero que se presente á la puerta la convencion entera, y yo respondo por ella que todo el pueblo abrirá calle con el mayor respeto, saludará su presencia y obedecerá su voz. »

Terminó Garat proponiendo algunos medios conciliatorios, é indicando con la mayor finura posible que el empeño de reprimir las violencias de los jacobinos no servia para otra cosa que para irritarlos mas. Tenia razon sin duda Garat, porque no hay nada que tanto irrite á los partidos como ponerse en defensa contra ellos; pero cuando es inevitable la lucha ¿se les ha de ceder sin resistencia? Pues esta era la situacion de los girondinos; puede muy bien que la institucion de

los doce fuese una imprudencia, pero imprudencia inevitable y generosa.

Luego que concluyó Garat se fue á sentar noblemente en el lado derecho que se creia estar en peligro y la convencion votó que se imprimiese y distribuyese su informe. Luego fue escuchado Pache, y dijo poco mas ó menos lo mismo que el otro, añadiendo que la asamblea estaba guardada por tres secciones convocadas espresamente por la misma comision de los doce, é indicó que en esto se habia escedido de sus facultades porque no tenia ningun derecho para requerir la fuerza armada, y últimamente añadió que se habia puesto un fuerte destacamento en las cárceles de la Abadía para ponerlas al abrigo de cualquiera infraccion de las leyes, que estaba disipado todo peligro y que la asamblea podia considerarse como absolutamente segura. Solicitó al concluir que se dignase la convencion oír á los ciudadanos que pedian la libertad de los arrestados.

Estas últimas palabras causaron bastante rumor en la asamblea y empezaron á gritar en el lado derecho que eran ya las diez y debia el presidente levantar la sesion. — No, no respondian los de la izquierda, debe escucharse á los peticionarios. — Se obstinó Enrique Lariviere en ocupar la tribuna y dijo. Si habeis de escuchar á alguno, justo es que oigais á vuestra comision de

los doce, que se ve aqui acusada nada menos que de tirania y debe daros cuenta de sus actos para que esteis en el caso de apreciarlos.—Nuevos murmullos principiaron á cubrir su voz, y no pudiendo Isnard contener aquel desórden, dejó el asiento y le reemplazó Herault Sechelles ⁶ con gran aplauso de las tribunas. Este consultó á la asamblea, quien obligada de las amenazas y del ruido, decretó que continuase la sesion.

Introdujeron á los oradores en la barra, seguidos de una nube de esponentes y solicitaron aisladamente la supresion de una comision odiosa y tiránica, la libertad de los presos y *el triunfo de la virtud*. Ciudadanos, les respondió Herault de Sechelles, *la fuerza de la razon y la fuerza del pueblo son una misma cosa*.—Grandes aplausos mereció este dogmático absurdo.—Vosotros pedis justicia, añadió, es nuestra obligacion hacerla y se os hará.

Sucedieron otros muchos solicitantes á los anteriores y fuéronse siguiendo unos oradores á otros hasta que se redactó un proyecto de decreto, por el cual se mandaba que fuesen puestos en libertad los ciudadanos que habian sido encarcelados por la comision de los doce y que se examinase su conducta por la de seguridad general. Estaba ya muy adelantada la noche y eran tantos los ciudadanos que se habian introducido, que nadie podia moverse en la sala, de modo que la noche,

los gritos, el tumulto y la multitud, todo contribuia á aumentar la confusion. Púsose á votos el decreto y se publicó sin que se supiese si se habia votado: unos decian que no se habia oido al presidente, otros, que no habia los votos suficientes y otros, que los solicitantes habian ocupado los puestos de los ausentes y que el decreto era nulo. Sin embargo de todo, se publicó, y tanto las tribunas como los interesados echaron á correr hacia el ayuntamiento, á las secciones, á los jacobinos y franciscanos anunciando que los arrestados estaban libres y la comision anulada.

Mucho gozo popular causó aquella noticia, que restableció algun tanto la calma en Paris, tanto que hasta el semblante mismo del corregidor indicaba cierto contentamiento de que se hubiesen apaciguado las turbulencias. Sin embargo, como los girondinos estaban resueltos á combatir como desesperados y no ceder la victoria á sus adversarios, se reunieron al dia siguiente con la mas ardiente indignacion. Sobre todo Lanjuinais, que no habia tomado parte alguna en los odios orgullosos que tenian divididos los dos lados de la convencion, y á quien perdonaban su tenacidad porque no parecia provenir de ningun resentimiento personal, se presentó muy acalorado y resuelto á avergonzar á la asamblea por la debilidad de la víspera. Apenas pidió Osselin la lectura del de-

creto y su redaccion definitiva, para poder poner en libertad á los presos, cuando Lanjuinais se sube á la tribuna y pide la palabra para probar que semejante decreto es nulo y que nunca se habia espedido. Al instante le interrumpieron con violentos murmullos: pero volviéndose hacia la izquierda les dijo: «Concededme vuestro silencio, «porque vengo resuelto á no moverme de aquí «hasta que me hayais escuchado.» No querian oírle de ningun modo, sino sobre la redaccion del decreto, pero con todo despues de muchas pruebas dudosas se decidió que se le oyera. Entonces esplicó y sostuvo que la cuestion que se agitaba era de las mas importantes para la seguridad general y dijo: «Mas de 50 mil ciudadanos han sido encerrados en Francia por vuestros comisionados, de modo que se han hecho mas prisiones arbitrarias en un mes, que las que se hacian en un siglo en el antiguo régimen; y ahora os quejais de que se haya arrestado á dos ó tres hombres que están predicando la muerte y la anarquia á dos cuartos el pliego? Vuestros comisionados son otros tantos procónsules que estan actuando lejos de vuestra vista y á quienes dejais que hagan cuanto se les antoje, mientras que una comision que está á vuestro lado, bajo vuestra vigilancia inmediata, os desconfiais de ella y la suprimis. El último domingo, sin ir mas le-

«jos se propuso en la jacobineria hacer una matanza en Paris y esta tarde se vuelve á principiar «la misma deliberacion en el palacio episcopal de «lo cual se os suministran pruebas, se os estan «ofreciendo y vosotros las desechais. ¡Estais protegiendo á unos hombres sanguinarios!» — Gran alboroto de todas partes cubrió la voz de Lanjuinais y entre otros dijo Chambon que no se podia deliberar y no quedaba otro recurso sino retirarse cada cual á su departamento. — Estan sitiadas vuestras puertas, replicó Lanjuinais. — Es falso, gritaron desde la izquierda. — Ayer no eran libres, exclamó el otro con todas sus fuerzas, sino que os dominaban los predicadores de asesinatos. — Entonces levantando la voz desde su asiento dijo Legendre; yo declaro que si Lanjuinais continua mintiendo iré á echarle de la tribuna abajo. — Al oír esta escandalosa amenaza se sublevó la asamblea, y las tribunas prorrumpieron en aplausos. Inmediatamente pidió Guadet que se copiasen en el acta las palabras de Legendre, á fin de que fuesen sabidas de toda Francia y no la quede duda de como se trata á sus diputados. Continuando Lanjuinais, sostuvo que el decreto de la víspera era como si no se hubiese espedido, porque los mismos solicitantes de él habian votado con los diputados, y que en caso de considerarse válido, se debia revocar por falta de li-

bertad en la asamblea. — Cuando vosotros estáis libres no acostumbrais á votar la impunidad del crimen. — Afirmaron los del lado izquierdo que Lanjuinais alteraba los hechos; que era falso que hubiesen votado los mismos que solicitaban, sino que se habian retirado á los corredores. Los del derecho aseguraban todo lo contrario y sin poder entenderse sobre el particular, se puso á votos la revocacion del decreto. En efecto se revocó por una mayoría de 51 votos y entonces dijo Danton: «Habeis hecho un gran acto de justicia y espero que se repetirá antes del fin de la sesion; pero si la comision que os empeñais en reintegrar conserva sus poderes tiránicos y si los magistrados del pueblo no son restituidos á la libertad y á sus funciones, entonces yo os aseguro que despues de haber probado que escedemos á nuestros enemigos en prudencia y moderacion, les probaremos tambien que les escedemos en audacia y en vigor revolucionario.» Púsose entonces á votos la libertad de los arrestados y se decidió por unanimidad. Quiso despues hablar Rabaut St. Etienne en nombre de la comision de los doce invocando en el de salud pública la atencion de la asamblea; pero viendo que no querian escucharle, dió su dimision.

Habiendo sido revocado el decreto del modo que dejamos dicho y restituidose la mayoría al lado

derecho, parecia evidente que los decretos no dependian del lado izquierdo sino en algunos momentos de debilidad. Por mas que los magistrados en cuyo favor se reclamaba hubiesen sido puestos en libertad y Hebert restituido al ayuntamiento donde recibiria coronas triunfales, no por eso dejó de irritar todas las pasiones la revocacion del decreto y aquella tempestad que parecia haberse disipado por un instante, iba á rugir de nuevo de un modo mas terrible.

En aquel mismo dia la junta que se habia reunido en el corregimiento y suspendió sus sesiones por haber prohibido el corregidor aquellas propuestas llamadas de *salud pública*, se renovó en el palacio episcopal y en el club electoral donde algunas veces concurrían los electores. Estaba compuesta de comisionados de las secciones elegidos entre los miembros de la de vigilancia, comisarios del ayuntamiento, del departamento y de los diferentes clubs. Hasta las mugeres estuvieron tambien representadas, como que entre 500 personas se contaban 100 mugeres á cuya frente estaba una muy famosa por sus delirios políticos y elocuencia popular. El primer dia no se presentaron en la junta mas que los enviados de 36 secciones, de suerte que quedaban doce que no habian nombrado comisarios y asi se las dirigió otra nueva convocacion. En seguida se ocuparon